

comité invisible

Ahora

ÍNDICE

El mañana queda anulado	7
Cincuenta brechas de Grey	21
Muerte a la política	55
Destituyamos el mundo	73
Fin del trabajo, vida mágica	95
Todo el mundo detesta a la policía	119
Por lo que sigue del mundo	133

EL MAÑANA QUEDA ANULADO

Todas las razones para hacer una revolución están ahí. No falta ninguna. El naufragio de la política, la arrogancia de los poderosos, el reinado de lo falso, la vulgaridad de los ricos, los cataclismos de la industria, la miseria galopante, la explotación desnuda, el apocalipsis ecológico... no se nos priva de nada, ni siquiera de estar informados de ello. «Clima: 2016 bate un récord de calor», titula *Le Monde* ahora ya como casi todos los años. Todas las razones están reunidas, pero no son las razones las que hacen las revoluciones; son los cuerpos. Y los cuerpos están delante de las pantallas.

Podemos contemplar como se va a pique una campaña presidencial. La transformación del «momento más importante de la vida política francesa» en una gran caseta de tiro solo hace que la telenovela sea más cautivadora. No nos imaginábamos *Supervivientes* con tales personajes, giros tan vertiginosos, pruebas tan

cruelles ni una humillación tan generalizada. *El espectáculo de la política subsiste como espectáculo de su descomposición.* La incredulidad va bien con este inmenso panorama. El Frente Nacional, esa negación política de la política, esa negación de la política *en el terreno de la política*, ocupa lógicamente el «centro» de este tablero de ruinas humeantes. La humanidad asiste hechizada a su naufragio como a un espectáculo del más alto nivel. Está tan *apresada* que ni siquiera siente que el agua ya le cubre las piernas. Al final transformará todo en salvavidas. Es el destino de los naufragos transformar en salvavidas todo lo que tocan.

No se trata de que este mundo siga siendo comentado, criticado, denunciado. Vivimos rodeados de una niebla de comentarios y de comentarios sobre comentarios, de críticas y de críticas de críticas, de revelaciones que no desencadenan nada, salvo revelaciones sobre las revelaciones. Esta niebla nos despoja de todo asidero en el mundo. No hay nada que criticar en Donald Trump. Lo peor que se pueda decir de él ya lo ha absorbido, incorporado. Lo encarna. Luce en la pechera todas las quejas que uno haya pensado poder hacerle. Es su propia caricatura y está orgulloso de ello. Hasta los creadores de *South Park* tiran la toalla: «Es muy complicado, ahora que la sátira se ha convertido en realidad. De ver-

CINCUENTA BRECHAS DE GREY*

«No va más», dicen los malos jugadores. «El mundo va mal», sentencia la sabiduría popular. Nosotros decimos más bien que el mundo *se fragmenta*. Nos habían prometido un nuevo orden mundial. Pero se ha producido lo contrario. Se anunciaba la generalización planetaria de la democracia liberal. Lo que se generaliza son más bien las «insurrecciones electorales» contra ella y su hipocresía, como se lamentan amargamente los liberales. Sector tras sector, la fragmentación del mundo prosigue, sin miramientos, sin interrupción. Y esto no es solo cuestión de geopolítica. En todos los

* En la pintada que da título a este capítulo puede leerse: «50 matices de bris», un juego de palabras generado a partir del título en francés del famoso *best-seller* de E. L. James *Cincuenta sombras de Grey*, que también podría traducirse como «cincuenta tonos de gris». La clave del juego está en la sustitución del término «gris» por «bris» («fractura» o «rotura», por ejemplo, de la vitrina de un banco cuando recibe una pedrada). (Esta y todas las demás notas son del traductor).

ámbitos el mundo se fragmenta, en todos los ámbitos la unidad se ha vuelto problemática. En nuestros días, no hay más unidad en la «sociedad» de la que la hay en la «ciencia». El salariado explota en todo tipo de nichos, de excepciones, de condiciones derogatorias. La idea de «precariado» oculta oportunamente que, sencillamente, ya no hay una experiencia común del trabajo, ni siquiera precario. De modo que tampoco puede haber una experiencia común de su interrupción, y que el viejo mito de la huelga general ha de colocarse en la sección de accesorios inútiles. La medicina occidental se ve rebajada a chapucear con técnicas que hacen saltar en pedazos su unidad doctrinal, tales como la acupuntura, la hipnosis o el magnetismo. Más allá de los habituales amaños parlamentarios, políticamente ya no hay mayoría para nada. Durante el conflicto que arrancó con la ley del Trabajo en la primavera de 2016, el comentario periodístico más juicioso constataba que dos minorías, una minoría gubernamental y una minoría de manifestantes, se enfrentaban ante los ojos de una población de espectadores. Nuestro propio Yo se presenta como un rompecabezas cada vez más complejo, cada vez menos coherente; de modo que, para que la cosa aguante, además de las sesiones con el psicólogo y los comprimidos, ahora se necesitan algoritmos. Solo por antífrasis llamamos «muro»

MUERTE A LA POLÍTICA

Si la política no fuese más que la de los «políticos», bastaría con apagar la tele y la radio para no volver a oír hablar de ella. Pero resulta que Francia, que solo para la galería es el «país-de-los-derechos-humanos», es más bien y sin lugar a dudas el *país del poder*. En Francia, todas las relaciones *sociales* son relaciones de poder, ¿y qué queda sin haberse socializado? Por eso, en este país hay política en todos los estratos. En las asociaciones y en los colectivos. En los pueblos y en las empresas. En los entornos, en cualquier entorno. Por todos lados maniobra, interviene, busca hacerse querer, pero no habla francamente porque *tiene miedo*. La política es, en Francia, una enfermedad cultural. En cuanto la gente se junta, sea cual sea la meta, sea cual sea el objetivo, y si la cosa dura un poco, se estructura como una pequeña sociedad cortesana, y siempre hay alguno que se toma por el Rey Sol. Quienes reprochan a Foucault haber desarrollado una ontología del poder un tanto asfixiante, en la que la bondad, el amor al prójimo y las virtudes cristianas encuentran difícilmente

acomodo, deberían más bien reprocharle haber pensado excelentemente, pero quizá de manera un poco demasiado francesa. Francia sigue siendo así, desde la cúpula del Estado hasta los ambientes que profesan de la forma más radical su derrota, una *sociedad cortesana*. Como si el Antiguo Régimen, en cuanto sistema de costumbres, no hubiera muerto jamás. Como si la Revolución francesa no hubiese sido otra cosa que una retorcida astucia para, por detrás del cambio de fraseología, mantener ubicuamente el Antiguo Régimen y hurtarlo a cualquier ataque, puesto que se supone que ya ha sido abolido. Quienes pretenden que es una política local, «más cercana a los territorios y a la gente», la que va a salvarnos de la descomposición de la política nacional, no pueden defender semejante insensatez si no es tapándose la nariz, hasta tal punto es evidente que no es más que una versión menos profesional, más grosera y, para ser francos, más degenerada de esta. Para nosotros, no se trata de «hacer política de otro modo», sino de hacer otra cosa distinta de la política. La política lo vuelve a uno vacío y ávido.

Evidentemente, de este síndrome nacional no se libran ni los ambientes militantes radicales. Cada grupúsculo cree arañar algunos pedazos del mercado de la radicalidad a sus rivales más cercanos calumniándolos tanto como sea posible. A fuerza de codiciar los «pedazos

DESTITUYAMOS EL MUNDO

Por mucho que el 80 % de los franceses declare que ya no espera nada de los políticos, tampoco baja del 80 % el número de los que confían en el Estado y sus instituciones. Ningún escándalo, ninguna evidencia, ninguna experiencia personal consigue, en este país, menoscabar de verdad el respeto debido a la institución. Siempre son los hombres que la encarnan los que se llevan las culpas. Ha habido atropellos, abusos, quebrantamientos excepcionales. Las instituciones, semejantes en esto a la ideología, están al abrigo del desmentido de los hechos, aunque este sea permanente. Ha bastado con que el Frente Nacional prometa restaurar las instituciones para que de inquietante pasase a ser tranquilizador. Nada digno de asombro. Lo real tiene algo de intrínsecamente caótico que los humanos necesitan estabilizar imponiéndole una legibilidad y, de este modo, una previsibilidad. Y lo que procura toda institución es precisamente una legibilidad *detenida* de lo real, una estabilización *última* de los fenómenos. Si la institución conforta tanto es porque

el tipo de legibilidad que garantiza nos ahorra sobre todo, a nosotros, a cada uno de nosotros, tener que *afirmar* nada, que arriesgar nuestra lectura singular de la vida y de las cosas, que producir juntos una inteligibilidad del mundo que nos sea propia y común. El problema es que renunciar a hacer esto es sencillamente *renunciar a existir*. Es dimitir ante la vida. En realidad, lo que necesitamos no son instituciones, sino *formas*. Ahora bien, resulta que la vida, sea esta biológica, singular o colectiva, es precisamente creación continua de formas. Basta con percibir las, aceptar dejarlas nacer, hacerles un lugar y acompañar sus metamorfosis. Una costumbre es una forma. Un pensamiento es una forma. Una amistad es una forma. Una obra es una forma. Un oficio es una forma. Todo lo que vive no son más que formas e interacciones de formas.

Solo que estamos en Francia, el país en el que incluso la Revolución se ha convertido en una institución y que ha exportado este equívoco a los cuatro confines del mundo. Hay una pasión *específicamente francesa* por la institución, con la cual tenemos que ajustar cuentas si queremos poder volver a hablar algún día de revolución, cuando no hacer una. Aquí la más libertaria de las psicoterapias ha tenido a bien calificarse como «institucional», y la más crítica de las sociologías se ha dado el nombre de «análisis institucional». Si el principio nos viene de la Antigua Roma, el *afecto* que

FIN DEL TRABAJO, VIDA MÁGICA

Durante el conflicto desencadenado por la ley del Trabajo, se habría tratado del gobierno, la democracia, el artículo 49.3, la constitución, la violencia, los migrantes, el terrorismo y de todo lo que se quiera, pero apenas del trabajo mismo. En comparación, durante el «movimiento de los parados» de 1998, paradójicamente solo se habría discutido de esto, aunque solo fuera para rechazarlo. No hace tanto tiempo, cuando conocíamos a alguien, todavía resultaba natural preguntarle: «Entonces, ¿qué es lo que haces en la vida?». Y la respuesta llegaba también de forma bastante natural. Uno todavía podía decir qué posición ocupaba en la organización general de la producción. Algo que podía incluso servir de tarjeta de presentación. Desde entonces, la sociedad salarial ha implosionado hasta tal punto que ahora se evitan este tipo de preguntas, que tienden a generar incomodidad. Todo el mundo hace un poco de todo, se las arregla, lo intenta, cam-

bia de profesión, hace una pausa, se reengancha. El trabajo no solo ha perdido su brillo y su centralidad socialmente, sino también existencialmente.

Generación tras generación, cada vez somos más los supernumerarios, los «inútiles para el mundo», o para el mundo, en todo caso, de la economía. Desde hace sesenta años hay gente como Wiener que profetiza que la automatización y la cibernización van a «producir un desempleo en comparación del cual las dificultades actuales y la crisis económica de los años 1930-36 parecerán cosa de broma», así que la cosa tenía que acabar llegando. Según las últimas noticias, Amazon se está pensando abrir en Estados Unidos dos mil supermercados íntegramente automatizados, sin caja y en consecuencia sin cajeras, sometidos a un control total, con reconocimiento facial de los clientes y análisis en tiempo real de cada uno de sus gestos. Al entrar, uno pasa su *smartphone* por un terminal y a continuación se sirve. Todo lo que elijas se carga automáticamente a tu cuenta Premium gracias a una aplicación, y todo lo que devuelvas a la estantería se te vuelve a abonar. Se llama Amazon Go. En esta distopía mercantil futurista ya no hay dinero líquido, ni colas, ni robos ni casi empleados. Se prevé que este nuevo modelo debería alterar todo el ámbito de la distribución, el mayor proveedor de empleos en los Estados

TODO EL MUNDO DETESTA A LA POLICÍA

Parece una ley física. Cuanto más crédito pierde el orden social, más arma a su policía. Cuanto más se retraen las instituciones, más hacen avanzar a sus vigilantes. Cuanto menos respeto inspiran las autoridades, más quieren imponerlo por la fuerza. Y es un círculo vicioso, porque la fuerza nunca tiene nada de respetable. Por lo que al creciente desenfreno de fuerza responde una eficacia de esta cada vez menor. El mantenimiento del orden es la principal actividad de un orden ya en quiebra. Basta con acercarse al CAF* para darse cuenta de lo que ya no puede durar. Cuando una administración tan benigna debe rodearse de tantos guardias, subterfugios y amenazas para defenderse de sus administrados hasta adquirir el aspecto de una fortaleza kafkiana, es que una determinada racionalidad ha llegado a su fin. Cuando el buen orden de las manifestaciones ya no puede garantizarse más que a golpe de granadas

* Caisse d'allocations familiales [Caja de Prestaciones Familiares].

de perdigones y de encapsulamientos, cuando los manifestantes tienen que huir del láser verde de las LBD 40 de la BAC* que tratan de hacer blanco en sus futuras víctimas, es que «la sociedad» ya ha alcanzado la fase de los cuidados paliativos. Cuando la calma de las periferias se obtiene al precio de armar a los antidisturbios con fusiles automáticos, es que una figura del mundo ha pasado. Nunca es buena señal para un régimen democrático adquirir la costumbre de disparar contra su población. Desde el momento en que la política se redujo en todos los ámbitos a una vasta operación policial realizada día tras día, era inevitable que la policía se convirtiera en una cuestión política.

Volvamos atrás algunos meses. Tras la declaración del estado de emergencia, el proyecto sobre la privación de la nacionalidad, la ley de Inteligencia, la ley Macron, el asesinato de Rémi Fraisse, el CICE** y los millones ofrecidos a los patronos, la ley del Trabajo tenía que rematar la última desmoralización de un «pueblo de izquierdas» que se suponía había sido llevado al borde del abismo. Lo que el poder no podía comprender es que la pérdida de toda esperanza constituye también la condición de la pura revuelta, esa que

* Brigada Anti Criminal.

** Crédit d'impôt pour la compétitivité et l'emploi [Crédito Fiscal para la Competitividad y el Empleo].

POR LO QUE SIGUE DEL MUNDO

Eso que en nosotros aspira a forjar las cadenas interiores que nos oprimen,

Eso que hay en nosotros tan enfermo que se aferra a tan precarias condiciones de existencia,

Eso que está tan agotado por la miseria, las necesidades y los golpes que cada día el mañana parece más lejano que la luna,

Eso que encuentra grato el tiempo pasado bebiendo cafés *latte* con fondo de *jungle* en los cafés para hípsteres mientras surfea en su MacBook, el domingo de la vida aliada con el fin de la historia,

Espera *soluciones*.

Ciudades en transición, economía social y solidaria, VI República, municipalismo alternativo, renta universal, la película *Mañana*, migración hacia el espacio, mil nuevas cárceles, expulsión del planeta de todos los extranjeros, fusión hombre-máquina... Ya sean ingenieros, directivos, militantes, políticos, eco-

logistas, actores o simples charlatanes, todos aquellos que pretenden ofrecer soluciones al desastre actual en realidad no hacen sino una cosa: imponernos *su* definición del problema con la esperanza de hacernos olvidar que obviamente *ellos mismos* forman *parte* de él. Como decía un amigo: «La solución al problema que ves en la vida es un modo de vivir que hace desaparecer el problema».

Nosotros no tenemos programa ni soluciones que vender. *Destituir*, en latín, también es decepcionar. Todas las *esperas* están por decepcionar. De nuestra experiencia singular, nuestros encuentros, nuestros logros, nuestros fracasos, extraemos una percepción evidentemente partidaria del mundo, que la conversación entre amigos afina. Quien experimenta como justa una percepción es lo bastante grande para extraer las consecuencias, o al menos una especie de método.

Por muy renegada que esté, la cuestión del comunismo sigue siendo el meollo de la época. Aunque solo sea porque el reino de su contrario —la economía— jamás ha sido tan consumado. Las delegaciones del Estado chino que anualmente van a poner flores en la tumba de Marx en Londres no engañan a nadie. Desde luego, uno puede eludir la cuestión comunista. Uno puede

acostumbrarse a sortear cada mañana los cuerpos de los sintecho o de los migrantes en la calle de camino a la oficina. Uno puede seguir en tiempo real el derretimiento de los hielos polares, la subida de los océanos o las migraciones enloquecidas, en todos los sentidos, de animales y hombres. Uno puede seguir fraguando su cáncer cada vez que ingurgita una cucharada de puré. Uno puede decirse que la recuperación, un poco de autoridad o el ecofeminismo vendrán a resolver todo esto. Continuar así es pagar el precio de reprimir en nosotros el sentimiento de vivir en una sociedad intrínsecamente criminal y que no pierde ocasión de recordarnos que formamos parte de su pequeña organización de delincuentes. Cada vez que entramos en contacto con ella —por el uso de cualquiera de sus artefactos, el consumo de la más mínima mercancía o el trabajo que hacemos para ella—, nos hacemos sus cómplices, contraemos un poco del vicio que la fundamenta: el vicio de explotar, de saquear, de socavar las condiciones mismas de toda existencia terrestre. Ya no hay sitio para la inocencia en ningún rincón de este mundo. No nos queda más que elegir entre dos crímenes: el de participar en él o desertarlo con el fin de derribarlo. Si la caza al criminal y la sed de castigo y de juicio son tan desenfrenadas en nuestros días, es solo para procurar por un instante a los espectadores un su-

cedáneo de inocencia. Pero como el alivio dura poco, hay que recomenzar incesantemente a condenar, castigar, acusar, para resarcirse. Kafka explicaba así el éxito de la novela policíaca: «En la novela policíaca se trata siempre de descubrir secretos que están ocultos tras acontecimientos extraordinarios. En la vida, es exactamente al revés. El secreto no está agazapado en un segundo plano. Bien al contrario, se presenta desnudo delante de nuestras narices. Por eso no lo vemos. La banalidad cotidiana es la mayor historia de bribones que existe. A cada segundo nos codeamos, sin reparar en ello, con millares de cadáveres y de crímenes. Es la rutina de nuestra existencia. Y para el caso en que, a pesar de nuestra habituación, no obstante todavía haya algo que nos sorprenda, disponemos de un maravilloso calmante, la novela policíaca, que nos presenta todo secreto de la existencia como un fenómeno excepcional y merecedor de acabar en los tribunales. Así pues, la novela policíaca no es ninguna tontería, sino un sostén de la sociedad, un peto almidonado que disimula bajo su blancura la dura y cobarde inmoralidad que, por otra parte, se hace pasar por buenas costumbres». Se trata de saltar fuera de la fila de los asesinos.

Pocas cuestiones han sido tan mal planteadas como la del comunismo. La cosa no viene de ayer. Está ya

en toda la Antigüedad. Abrid el *Libro de los salmos* y lo veréis. La lucha de clases data al menos de los profetas de la Antigüedad judaica. Lo que el comunismo tiene de utopía lo encontramos ya en los apócrifos de la época: «La tierra será común a todos y ya no habrá ni muros ni fronteras... Todos vivirán en común y la riqueza se volverá inútil... Y ya no habrá pues ni pobres ni ricos, ni tiranos ni esclavos, ni grandes ni pequeños, ni reyes ni señores, sino que todos serán iguales».

La cuestión del comunismo ha sido mal planteada, para empezar, porque se ha planteado como cuestión social, es decir, como cuestión *estrictamente humana*. A pesar de esto, nunca ha cesado de trabajar el mundo. Si continúa recorriéndolo, es porque no procede de una fijación ideológica, sino de una experiencia vivida, fundamental, inmemorial: la experiencia de la *comunidad*, que revoca tanto los axiomas de la economía como las bellas construcciones de la civilización. No hay jamás comunidad como entidad, solo como experiencia. Y se trata de la experiencia de la *continuidad* entre seres o con el mundo. En el amor, en la amistad, experimentamos esa continuidad. En mi presencia serena, aquí, ahora, en esta ciudad familiar, ante esta vieja *Sequoia sempervirens* cuyas ramas agita el viento, experimento esa continuidad. En este motín en el que nos mante-

nemos juntos en el plan que nos hemos fijado, en el que los cánticos de los camaradas nos dan valor, en el que un *street medic* saca del apuro a un desconocido herido en la cabeza, experimento esa continuidad. En esta imprenta en la que reina una vieja Heidelberg de cuatro colores de la que se ocupa un amigo, mientras yo preparo los pliegos, otro amigo pega y un tercero guillotina este pequeño samizdat que hemos concebido juntos, en este fervor y este entusiasmo, experimento esa continuidad. No hay yo y el mundo, yo y los demás, hay yo, con los míos, en este pequeño pedazo del mundo que amo, irreductiblemente. Ya hay bastante belleza en el hecho de estar aquí y en ningún otro lugar. No es un signo menor de los tiempos que un guardabosques alemán, y no un hippie, arrase al revelar que los árboles se «hablan», «se quieren», «se cuidan los unos a los otros» y saben «acordarse» de lo que han atravesado. A esto lo llama *La vida secreta de los árboles*. Con decir que hay incluso un antropólogo que se pregunta sinceramente *¿Cómo piensan los bosques?* Un antropólogo, no un botánico. Al tomar al sujeto humano aislado de su mundo, al arrancar a los mortales de todo lo que vive a su alrededor, la modernidad no podía más que concebir un comunismo exterminador, un *socialismo*. Y este socialismo no podía contemplar a los campesinos, los nómadas y los «salvajes» más

que como un obstáculo que hay que barrer, como un fastidioso residuo al pie de la contabilidad nacional. Ni siquiera podía ver el comunismo del que eran portadores. Si el «comunismo» moderno ha podido soñarse como fraternidad universal, como igualdad realizada, ha sido extrapolando insolentemente el hecho *vivido* de la fraternidad en el combate, de la amistad. Pues ¿qué es la amistad si no la igualdad entre los amigos?

Sin la experiencia, aunque sea puntual, de la comunidad, nos morimos, nos desecamos, nos volvemos cínicos, duros, desérticos. La vida es esa ciudad fantasma poblada por maniqués sonrientes, y que funciona. Nuestra necesidad de comunidad es tan imperiosa que, tras haber arrasado todos los vínculos existentes, el capitalismo ya no carbura más que con la promesa de «comunidad». ¿Qué son las redes sociales, las aplicaciones de citas, si no esa promesa perpetuamente incumplida? ¿Qué son todas las modas, todas las tecnologías de la comunicación, todas las *love songs*, si no un modo de mantener el sueño de una continuidad entre los seres en la que al final todo contacto queda obstruido? Esta promesa frustrada de comunidad redobla oportunamente su necesidad. La vuelve incluso histérica, y hace trabajar cada vez más rápido la máquina de hacer dinero de quienes la explotan. Mantener la mi-

sería y ofrecer un desenlace posible es el gran resorte del capitalismo. En 2015, solo la plataforma de vídeos pornográficos Pornhub fue visitada 4392486580 horas, o sea dos veces y media el tiempo que el *Homo sapiens* lleva sobre la Tierra. Hasta la obsesión de esta época por la sexualidad y su derroche de pornografía hacen manifiesta la necesidad de comunidad en el extremo mismo de su privación. Cuando Milton Friedman dice que «el mercado es un mecanismo mágico que permite unir cotidianamente a millones de individuos sin que necesiten amarse, ni siquiera hablarse», describe el resultado ocultando el proceso que ha conducido a tantas personas al mercado, ese mediante el cual el mercado las sujeta, y que no es solo el hambre, la amenaza o el afán de lucro. Friedman se ahorra también confesar las devastaciones *de toda naturaleza* que permiten establecer algo así como «un mercado» y presentarlo como natural. Lo mismo ocurre cuando un marxista pontifica: «La enfermedad, la muerte, las penas de amor y los imbéciles persistirán después del capitalismo. Lo que no existirá ya será esa paradójica pobreza masiva que acarrea la producción abstracta de riquezas. Ya no volveremos a ver un sistema fetichista autónomo ni una forma social dogmática» (Robert Kurz). La cuestión del comunismo se plantea, en cada una de nuestras existencias ínfimas y únicas, también

a partir de lo que nos pone enfermos. A partir de lo que nos hace morir a fuego lento. A partir de nuestros fracasos amorosos. A partir de eso que nos vuelve hasta tal punto extranjeros los unos a los otros que, a guisa de explicación de todas las desgracias del mundo, nos complacemos con la estúpida idea de que «la gente es imbécil». Negarse a ver esto equivale a llevar nuestra insensibilidad en bandolera. Algo que se ajusta bien al tipo de virilidad macilenta y miope requerida para convertirse en economista.

A esto los marxistas, o al menos muchos de ellos, añaden una cierta cobardía ante los menores problemas de la vida, que era ya la marca del Barbudo. Los hay incluso que organizan coloquios sobre la «idea del comunismo» que parecen hechos a propósito para que el comunismo se quede en una idea y no se moleste demasiado en entrar en la vida. Por no mencionar los conventículos en los que se pretende decretar quién es y quién no es «comunista».

Con la quiebra de la socialdemocracia europea frente a la Primera Guerra Mundial, Lenin decide remodelar el escaparate del viejo socialismo decrepito pintándole encima la bonita palabra «comunismo». Entonces la toma prestada, cómicamente, de los anarquistas, que entretanto la había convertido en su estandarte. Esta

oportuna confusión entre socialismo y comunismo hizo mucho durante el pasado siglo para que esta palabra se convirtiera en sinónimo de catástrofe, matanza, dictadura y genocidio. Desde entonces anarquistas y marxistas juegan al pimpón con la pareja individuo-sociedad, sin inquietarse por que esta falsa antinomia haya sido forjada por el pensamiento económico. Rebelarse contra la sociedad en nombre del individuo o contra el individualismo en nombre del socialismo es darse contra un muro. La sociedad es siempre la sociedad *de los individuos*. Si desde hace tres buenos siglos individuo y sociedad no han cesado de afirmarse el uno a expensas del otro, es porque este dispositivo afinado y oscilante hace girar año tras año esa encantadora bobina llamada «economía». Ahora bien, al contrario de lo que nos pinta la economía, lo que hay en la vida no son individuos dotados de toda suerte de propiedades, de las que podrían hacer uso o de las que podrían deshacerse. Lo que hay en la vida son *apegos*, agenciamientos, seres situados que se mueven en todo un conjunto de vínculos. Al hacer suya la ficción liberal del individuo, el «comunismo» moderno no podía más que confundir propiedad y apego, y llevar la devastación allí mismo donde creía luchar contra la propiedad privada y construir el socialismo. En esto recibió buena ayuda de una gramática en la que pro-

piedad y apego no se dejan distinguir. ¿Qué diferencia gramatical hay cuando yo hablo de «mi hermano» o de «mi barrio» y Warren Buffet dice «mi *holding*» o «mis acciones»? Ninguna. Y sin embargo, en un caso se habla de apego y en el otro de propiedad legal, de algo que me constituye por un lado y de un título que poseo por el otro. Solo sobre la base de tal confusión hemos podido figurarnos que un sujeto como la «Humanidad» podría existir. La Humanidad, es decir, todos los hombres arrancados de forma similar de lo que teje su existencia determinada y fantasmáticamente reunidos en un enorme trasto inencontrable. Al destrozarse todos los apegos que constituyen la textura propia de los mundos con el pretexto de abolir la propiedad privada de los medios de producción, el «comunismo» moderno hizo efectivamente tabla rasa... de todo. Esto es lo que les ocurre a los que practican la economía, incluso criticándola. «No había que criticar la economía. ¡Había que *salir de ella!*», habría dicho Lyotard. El comunismo no es una «organización económica superior de la sociedad», sino la *destitución de la economía*.

La economía reposa por tanto sobre dos ficciones cómplices, la de la «sociedad» y la del «individuo». Destituirla implica *situar* esta falsa antinomia y sacar a la luz lo que esta pretende recubrir. Lo que tienen en común

estas ficciones es hacernos ver *entidades*, unidades cerradas, cuando lo que hay son *vínculos*. La sociedad se presenta como la entidad superior que agrega todas las entidades individuales. Desde Hobbes y el frontispicio del *Leviatán*, siempre es la misma imagen: el gran cuerpo del soberano compuesto por todos los cuerpecillos minúsculos, homogeneizados, serializados, de sus súbditos. La operación de la que vive la ficción social consiste en pisotear todo lo que conforme la existencia situada de cada ser humano singular, borrar los vínculos que nos constituyen, negar los agenciamientos en los que entramos, para a continuación recuperar los átomos, bastante lisiados, así obtenidos y retomarlos en un vínculo completamente ficticio: el famoso y espectral «vínculo social». De modo que contemplarse como ser social es siempre aprehenderse *desde fuera*, relacionarse consigo mismo *haciendo abstracción de uno mismo*. La marca propia de la aprehensión económica del mundo es no captar nada si no es exteriormente. El cabrón jansenista de Pierre Nicole, que tanto influyó en los fundadores de la economía política, revelaba la receta ya en 1671: «Por corrompida que fuese esta sociedad *interiormente* y a los ojos de Dios, no habría cosa *exteriormente* más arreglada, ni más civil, ni más justa, ni más pacífica, ni más honesta, ni más generosa; y lo más admirable sería, que no estando animada, ni

movida, sino por el amor propio, no aparecería este, y careciendo de caridad, no se vería por todas partes sino la forma y caracteres de la caridad». Ninguna cuestión sensata puede ser planteada sobre esta base, y mucho menos resuelta. Solo puede ser cuestión de gestión. No en vano, «sociedad» es sinónimo de empresa. Ya era el caso, por cierto, en la antigua Roma. Bajo Tiberio, cuando uno montaba un negocio, estaba montando una *societas*. Una *societas*, una sociedad, es siempre una alianza, una asociación voluntaria a la que uno se adhiere y de la que uno se retira *de acuerdo con sus intereses*. Se trata, en definitiva, de una *relación*, de un «vínculo» en exterioridad, un «vínculo» que no toca nada en nosotros y del que uno se despide indemne, un «vínculo» sin contacto, y en consecuencia no se trata en absoluto de un vínculo.

La textura propia de toda sociedad estriba en que los humanos se han reunido en ella *gracias a eso mismo que los separa*: el interés. En la medida en que estos se encuentran en ella en cuanto individuos, en cuanto entidades cerradas, y en consecuencia de manera siempre revocable, se han reunido en ella *en cuanto separados*. Schopenhauer ofreció una sobrecogedora imagen de la consistencia propia de las relaciones *sociales*, de sus inimitables delicias y de «la insociable

sociabilidad humana»: «Un grupo de puercoespines se apiñaba en un frío día de invierno para evitar congelarse calentándose mutuamente. Sin embargo, pronto comenzaron a sentir unos las púas de los otros, lo cual les hizo volver a alejarse. Cuando la necesidad de calentarse les llevó a acercarse otra vez, se repitió aquel segundo mal; de modo que anduvieron de acá para allá entre ambos sufrimientos hasta que encontraron una distancia mediana en la que pudieron resistir mejor. Así la necesidad de compañía, nacida del vacío y la monotonía del propio interior, impulsa a los hombres a unirse; pero sus muchas cualidades repugnantes y defectos insoportables les vuelven a apartar unos de otros. La distancia intermedia que al final encuentran y en la cual es posible que se mantengan juntos es la cortesía y las buenas costumbres».

El genio de la operación económica consiste en ocultar el plano en el que comete sus fechorías, ese en el que libra su verdadera guerra: el plano de los vínculos. De esta suerte derrota a sus adversarios potenciales y puede presentarse como plenamente positiva, cuando obviamente está animada por un feroz apetito de destrucción. Hay que decir que los vínculos se prestan bien a ello. ¿Qué hay más inmaterial, sutil, impalpable que un vínculo? ¿Qué hay menos visible, menos opo-

nible, pero más sensible, que un vínculo destruido? La anestesia contemporánea de las sensibilidades, su despedazamiento sistemático, no es solo el resultado de la supervivencia en el seno del capitalismo; es su condición. No sufrimos en cuanto individuos, sufrimos por intentar serlo. Como la entidad individual no existe ficticiamente más que *desde el exterior*, «ser un individuo» exige mantenerse fuera de sí, extranjeros de nosotros mismos; exige en el fondo renunciar a todo contacto tanto con uno mismo como con el mundo y con los otros. Evidentemente, a todo el mundo le está permitido tomarlo todo desde el exterior. Basta con prohibirse sentir, y en consecuencia estar ahí, y en consecuencia vivir. Nosotros preferimos tomar el partido contrario, el del gesto comunista. El gesto comunista consiste en tomar las cosas y los seres *desde el interior*, en tomarlos *por el medio*. ¿Adónde conduce tomar al «individuo» por el medio o desde el interior? En nuestros días, conduce al caos. Un caos desorganizado de fuerzas, trozos de experiencia, jirones de infancia, fragmentos de sentido, propensiones contradictorias y en la mayoría de los casos sin comunicación entre ellas. Decir que esta época ha dado a luz un material humano en un estado lamentable es decir poco. Tiene una gran necesidad de ser reparado. Todos lo sentimos. La fragmentación del mundo en-

cuentra un fiel reflejo en el espejo hecho pedazos de las subjetividades.

Que eso que aparece exteriormente como una persona no sea en realidad más que un complejo de fuerzas heterogéneas no es una idea nueva. Los indígenas tzeltales de Chiapas disponen de una teoría de la persona según la cual los sentimientos, las emociones, los sueños, la salud y el temperamento de cada cual están regidos por las aventuras y desventuras de todo un montón de espíritus que viven al mismo tiempo en nuestro corazón y en el interior de las montañas, y que se pasean. No somos hermosas completitudes egóticas, Yoes bien unificados. Estamos compuestos por fragmentos, rebosamos de vidas menores. En hebreo, la palabra «vida» es un plural, al igual que la palabra «rostro». Porque en una vida hay muchas vidas y en un rostro muchos rostros. Los vínculos entre los seres no se establecen de entidad a entidad. Todo vínculo va de fragmento de ser a fragmento de ser, de fragmento de ser a fragmento de mundo, de fragmento de mundo a fragmento de mundo. Se establece más acá y más allá de la escala individual. Agencia inmediatamente entre ellas porciones de seres que de golpe se descubren al mismo nivel, se experimentan como continuos. Esta continuidad entre fragmentos es lo que se siente como «comunidad». Un *agenciamiento* se produce. Es eso

que experimentamos en todo verdadero encuentro. Todo encuentro recorta en nosotros un dominio propio en el que se mezclan indistintamente elementos del mundo, del otro y de uno mismo. El amor no pone en relación a los individuos, más bien opera un corte en cada uno de ellos, como si de pronto estuvieran atravesados por un plano especial donde se encuentran caminando juntos sobre cierta capa del mundo. Amar no es nunca estar juntos, sino *devenir* juntos. Si amar no deshiciese la unidad ficticia del ser, el «otro» no sería capaz de hacernos sufrir hasta ese punto. Si en el amor una parte del otro no se encontrase formando parte de nosotros, no tendríamos que guardarle luto cuando llega la hora de la separación. Si solo hubiera *relaciones* entre los seres, nadie se comprendería. Todo giraría sobre el malentendido. Por eso no hay ni sujeto ni objeto del amor; hay una *experiencia* del amor.

Los fragmentos que nos constituyen, las fuerzas que nos habitan, los agenciamientos en los que entramos, no tienen razón alguna para componer un todo armonioso, un conjunto fluido, una articulación móvil. En nuestros días, la experiencia banal de la vida consiste más bien en una sucesión de encuentros que poco a poco nos deshacen, nos desintegran, nos hurtan progresivamente todo punto de apoyo seguro. Si el co-

munismo tiene que ver con el hecho de organizarse colectivamente, materialmente, políticamente, es en la medida exacta en que esto significa también organizarse singularmente, existencialmente, sensiblemente. O bien hay que consentir en volver a caer en la política o en la economía. Si el comunismo tiene un objetivo, es la gran salud de las formas de vida. La gran salud se obtiene, en el contacto con la vida, mediante la paciente articulación de los miembros disjuntos de nuestro ser. Se puede vivir una vida entera sin experimentar nada, guardándose bien de sentir y de pensar. La existencia se reduce entonces a un lento movimiento de degradación. Desgasta y daña, en lugar de dar forma. Las relaciones, cuando se desvanece el milagro del encuentro, no pueden más que ir de herida en herida hacia su consumición. A la inversa, a quien rechaza vivir al lado de sí mismo, a quien acepta experimentar, la vida le da progresivamente forma. Se convierte, en el pleno sentido de la palabra, en *forma de vida*.

En las antípodas de esto están los métodos de construcción militantes heredados, tan sobradamente defectuosos, tan agotadores, tan destructivos, cuando quisieran construir tanto. El comunismo no se juega en la renuncia a uno mismo, sino en la atención al más mínimo gesto. Es una cuestión de plano de per-

cepción, y en consecuencia de modo de hacer. Una cuestión práctica. Eso a lo que la percepción de las entidades —individuales o colectivas— bloquea el acceso es el plano en el que las cosas pasan realmente, el plano en el que las potencias colectivas se hacen y se deshacen, se refuerzan o se deshilachan. Es en este plano y solo en él en el que lo real, incluido lo real político, se vuelve legible y cobra sentido. Vivir el comunismo no es trabajar para que exista la entidad a la que uno se adhiere, sino desplegar y profundizar un conjunto de vínculos, es decir, en ocasiones cortar algunos. Lo esencial pasa en el nivel de lo ínfimo. Para el comunista, el mundo de los hechos importantes se extiende hasta donde la vista se pierde. Lo que la percepción en términos de vínculos viene a revocar *positivamente* es toda la alternativa entre lo individual y lo colectivo. Un «yo» que, en situación, suena justo puede ser un «nosotros» de una rara potencia. Del mismo modo, la felicidad propia de toda Comuna remite a la plenitud de las singularidades, a cierta calidad de los vínculos, al resplandor en su seno de cada fragmento de mundo: fin de las entidades, de su sobrevuelo, fin de los enclaustramientos individuales y colectivos, fin del reino del narcisismo. «El único y verdadero progreso —escribía el poeta Franco Fortini— consiste y consistirá en alcanzar un lugar más alto, visible, vi-